



LA FILOSOFIA DE LA ARQUITECTURA EL HABITAR Y LOS AMBITOS

Frente a la tendencia de las artes a independizarse de la vida cotidiana, los filósofos y estetas suelen destacar el arraigo inquebrantable de la Arquitectura, cuyo último sentido, más allá de toda pretensión esteticista, es *servir al hombre*. Por eso, en ella el cliente manda, y, si bien el arquitecto tiene cierto derecho e incluso obligación de orientar en cierta medida los gustos de aquél, en definitiva todas sus obras deben proyectarse sobre el trasfondo de la vida humana que va a desarrollarse en ellas. Lo arquitectónico se desvirtúa cuando, por afán de purismo esteticista, se convierte en obra de arte. Cierto que, a veces, la arquitectura entra en muy estrecha vecindad con la escultura, como sucede en los monumentos. Pero, aun en estos casos limítrofes, el monumento como tal, es decir, como obra ar-

quitectónica y no meramente escultórica, está en relación inevitable con el hombre y constituye el centro polarizador de una serie de referencias humanas. El monumento tiene sentido si encarna un *ámbito de vida humana*, la relación, por ejemplo, de afecto, admiración o agradecimiento de un pueblo para con un gran hombre.

Ello explica que la Arquitectura apenas sufra las acometidas de esa tendencia agostadora del auténtico arte que es la *deshumanización formalista*. Para su bien, la Arquitectura está de raíz anclada en la realidad humana, en todas las vertientes de esa compleja realidad que es la vida del hombre. Son las necesidades del hombre de cada época y lugar, sus convicciones estéticas, sociológicas y religiosas, quienes orientan el impulso creador de la Arquitectura. Nada extraño que sea muy diversa, por ejemplo, la ciudad árabe y la ciudad cris-

tiana, la basílica romana y el templo gótico. Pero no menos cierto es que en todas estas manifestaciones arquitectónicas vibra un mismo ser: *el hombre que vive una vida de arraigo y habitación*.

Esta vida de arraigo no se reduce a un simple habitar pasivo, antes implica una intensa actividad creadora de ámbitos. Cuando en lenguaje cotidiano decimos que "casado, casa quiere", no expresamos la vulgar idea de que todo mortal ansía independencia y, al lograrla, necesita un lugar de actividad autónoma, antes aludimos al muy profundo hecho de que contraer matrimonio es en todo rigor fundar un hogar, un ámbito de interrelación tan firme, inquebrantable y perenne como invisible e inasible con los sentidos humanos. Hacer que esta realidad profundamente humana que es el hogar cobre cuerpo y volumen físico es la tarea de la casa.

De modo semejante, a toda realización arquitectónica concreta precede la creación espiritual de un ámbito. La casa, la calle, la plaza, las tiendas, el campo de deportes, los claustros, los templos, etc., son, antes y más radicalmente que espacios físicos, creados por el arquitecto o el ingeniero, ámbitos espirituales fundados por el hombre en su vida de comunidad. La vida del hombre constituye una "urdimbre" desde antes de su alumbramiento. Por eso es el hombre un "ser que habita". Pensar, desear, amar, sentir, es crear vínculos, fundar ámbitos, abrir horizontes. Cada horizonte, cada ámbito, cada vínculo, tiene su plasmación concreta en un espacio arquitectónico. El espacio arquitectónico hunde sus raíces y cobra su cabal sentido en ese humus nutritivo—tan rico como difícil de expresar en conceptos claros—que es el mundo de interrelaciones humanas, interrelaciones que cuajan en ámbitos.

Nada más importante para el arquitecto que atender a este plano de la vida humana, del que pende el sentido íntegro de su quehacer profesional. Por eso inicié hace unos meses, en esta sección de ARQUITECTURA, una serie de artículos sobre

los ámbitos humanos vistos como razón última de la dignidad de la tarea arquitectónica.

Tras unas notas preliminares sobre la importancia del habitar para la vida humana (ARQ., núms. 111 y 112) y del concepto de espacio como campo de posibilidades (ARQ., núm. 118), analicé varios tipos de ámbitos muy caracterizados, como las tiendas (ARQ., núm. 111), la calle y el paseo (ARQ., núm. 109), el camino y la carretera, el campo de deportes, castillos, ventas y paradores, los patios, claustros y plazas (ARQ., núm. 115). Para dejar en claro la importancia decisiva de la creación de ámbitos en el despliegue de la personalidad humana, dediqué dos artículos a mostrar la correspondencia entre la anulación de ámbitos y el surgimiento ineludible de la angustia, como puede verse analizando la obra literaria y filosófica de dos pensadores contemporáneos: Sartre y Ortega y Gasset (ARQ., núms. 119 y 120).

En los artículos próximos convendrá insistir primeramente en la correlación antedicha entre Arquitectura y vida humana en convivencia. Durante varios lustros, el Existencialismo subrayó la importancia del tiempo en la vida humana. En los últimos años, pensadores y literatos parecen estarse abriendo a la clara convicción de que en el habitar radica la quintaesencia de la difícil tarea de ser hombre, puesto serlo es crear lazos, trazar coordenadas vivientes de convivencia, que es la única forma de orientación válida en la vida humana. El mismo Heidegger, que en su obra fundamental y revolucionaria, verdadero hito en el pensamiento contemporáneo, *Ser y tiempo*, había destacado con bien meditado exclusivismo el papel del tiempo en el desarrollo de la vida humana, escribió recientemente un trabajo sobre "Edificar, habitar, pensar", y Saint-Exupéry, en su obra póstuma, *Cita-delle*, nos legó un emocionado testamento acerca de su modo de enjuiciar la vida humana como una forma ineludible de arraigo y de ordenación.

Estudiaremos, a continuación, diversos

puntos de máxima importancia en torno al sentido de los ámbitos. He aquí, por vía de sinopsis orientadora, algunos de los más significativos:

1. *Sentido acogedor del ámbito*.—Si el hombre es un ser nacido para crear ámbitos, se comprende que en los ámbitos halle un "hogar", su *lugar nato de habitación y de vida*. Todas las teorías de la Biología actual sobre la *urdimbre afectiva* que se crea necesariamente entre el niño y la madre en los primeros años de existencia, el valor originario de la familia como ámbito primario de despliegue de la personalidad humana, etc., confluyen a la idea decisiva de que el ser humano florece en el clima de orden que viene dado por los ámbitos interpersonales. Las correlaciones entre un hombre y los demás no son algo consecutivo a su ser, sino *constitutivo*. No puede dividirse el ser hombre y el ser hombre en relación con otros, porque el estar en relación es justamente lo que nos constituye en auténticos seres humanos. Urge, por ello, estudiar el sentido del hogar como *focus*, lugar donde arde el fuego. El análisis del fuego como creador de "ambiente" (ambiente se conecta con "ámbito") nos indica que el hogar se define como un modo de ámbito primario y radical, donde debe ponerse en forma la capacidad humana de crear todo género de ámbitos. Los proto-ámbitos de la paternidad, maternidad, fraternidad, filiación, amistad, servicio a los valores, etc., se crean de un modo conatural en el seno de la familia.

2. Del análisis del sentido primigenio del hogar brota una luz clarísima para estudiar los múltiples temas que sugiere ese fenómeno universal—verdadero fundamento, sentido y razón de ser de la Arquitectura—que es la casa, como encarnación prototípica del habitar humano. Bien captado el sentido general de la casa, resulta hacedero y utilísimo precisar el significado de cada una de sus partes vitales: umbral, puertas, patio, ventanas, sala de estar, etc.

3. El cuerpo humano como ámbito primario merced al cual el hombre está en dis-

posición de crear otros ámbitos. Suele decirse que el hombre *tiene* un cuerpo, *dispone* de él como de un *instrumento*, se abate cuando el funcionamiento del mismo se hace precario y se exalta cuando está en plena forma. Este modo de pensar es excesivamente tosco para ser fiel a la realidad. El cuerpo no es un *instrumento*, sino la posibilidad de que el hombre pueda utilizar las cosas externas como instrumentos. El cuerpo es el modo como el hombre se halla instalado en el mundo. El cuerpo no se lo *tiene*, se lo es. El hombre es corpóreo. Esta perspectiva nos permitirá hacer muy fecundas observaciones respecto a la función que desempeña la sensibilidad en la vida humana como medio nato de implantación del hombre en el campo de realidades en que debe desarrollar su existencia.

4. Importancia y significación de las *dimensiones físicas* en la vida humana. Como el hombre es corpóreo, y todo lo corpóreo le afecta en su más profundo ser, el sistema de correlaciones que funda el cuerpo se carga de alta significación humana. Es, por ello, un recurso banal calificar de *arbitrario* el sentido que se concede a las relaciones de *arriba-abajo, dentro-fuera, vertical-horizontal, delante-detrás, derecha-izquierda*, etc.

5. De lo antedicho se desprende la importancia de cuanto implica la *situación*, el hecho de estar localizado el hombre en un determinado lugar. No es, en consecuencia, una arbitrariedad el uso de la expresión "justo medio" para indicar una posición de equilibrio y sana medida. Aquí se afirma el sentido *ético* del arraigo en los *ámbitos originarios*, en la tierra-madre vista como símbolo de los vínculos primeros e ineludibles del hombre con sus semejantes—sobre todo, los progenitores—y las cosas del entorno, que de algún modo están consagradas por la presencia operante de aquéllos.

6. El vocablo *horizonte* adquiere a esta luz un sentido profundamente humano en el aspecto paisajístico y en el dinámico de la creación de ámbitos. Cada campo de valores que se abre ante el hombre en el

curso de su existencia constituye un nuevo horizonte vital.

7. La *inserción dinámica en el paisaje* deja de ser una mera acomodación servil al entorno para cobrar un profundo sentido de colaboración en la creación de ámbitos. Esta colaboración es una forma de diálogo muy intensa y fecunda, porque se da en el nivel radical de *participación* al que alude Marcel cuando habla de las "nupcias entre el hombre y la vida".

8. Vista la alta significación humana de lo dimensional y campal, conviene sobremedida analizar los *diferentes modos de ámbitos* que constituye el hombre en colaboración con los demás y con el entorno en los diversos momentos de su existencia: en el tiempo *feriado* y en el *festivo*, en el de *trabajo* y en el de *vacación*, en el de *reposo* y en el de *marcha*, en el de *danza* y en el *litúrgico* o *sacro*. Todos sabemos por experiencia que es muy distinto el ámbito constituido por un determinado paisaje cuando lo vivimos desde el recinto acotado de un vehículo y cuando nos sumergimos en él con todas las dimensiones de nuestro ser a través de las múltiples incidencias de una marcha campera. A su vez, es cualitativamente diversa la experiencia del paisaje hecha desde un automóvil y desde un avión, desde un avión en vuelo elevado y en vuelo rasante, etc.

9. Una vez percibido el valor humano del arraigo en todo aquello que nos sirve de suelo nutritivo—en el hogar, el pasado, los grandes valores, la comunidad, etc.—, es posible adivinar la clave del enigma que convierte a cierto tipo de *ruinas* en un lugar casi sagrado de respeto y meditación hondamente melancólicas. Las ruinas encarnan, a veces, ámbitos amplísimos de vida humana pretérita cargada de altos valores—que constituyen otros tantos ámbitos u horizontes de vida—. Cuidar las ruinas cuyo valor eleva al rango de históricas es afirmar el suelo en que se ancla nuestra vida humana.

10. El valor del ámbito se acentúa insospechadamente cuando la presencia de

un ser divino convierte en sacro un determinado lugar. Hay templo cuando hay presencia de un Dios. Y toda forma de presencia inaugura un ámbito. El templo es un *ámbito de presencia* que se abre cuando un dios establece su "tienda" entre los hombres. La historia de las religiones ofrece material abundante para elaborar una sugestiva teoría del ámbito sacro que ilumine desde arriba el sentido general de los ámbitos. Todo ámbito, en efecto, ofrece un sutil carácter envolvente que plenifica al hombre que sabe abrirse al mismo y establecer con él fecundas relaciones de intercambio y colaboración.

11. La relación del hombre con los ámbitos de valores que nutren su vida se plasma en la creación de los diversos modos de ámbitos que constituyen la quintaesencia de los estilos artísticos: *ámbito románico, gótico, barroco, romántico*, etc. Una sólida teoría de los ámbitos nos permitirá, sin duda, comprender por dentro buen número de fenómenos artísticos, con frecuencia malentendidos por ser valorados con criterios meramente esteticistas y, como tales, alicortos si se quiere hacer justicia a la plenitud de vida humana que en ellos se encarna y revela.

El estudio de estos temas y otros afines nos permitirá asistir de cerca a uno de los procesos más emocionantes que es dado al hombre contemplar: la constitución misma de la personalidad humana a través de la constante fundación de diversos ámbitos que encabalgan unos sobre otros para formar el complejo y riquísimo tejido de lo que suele llamarse el "mundo" humano, el "mundo" de cada cual, la trama de sus experiencias, sus horizontes vitales, sus interrelaciones, sus campos energéticos y operacionales, etc. Frente al *hombre-objeto* hará su aparición sorprendente ante nosotros el *hombre-ámbito*, el hombre creador de ámbitos. De este tipo de hombre abierto al entorno, dinámicamente creador, es el arquitecto un calificado intérprete. Resulta sobremedida difícil, sin duda, encontrar para la tarea arquitectónica una fundamentación más sólida y gloriosa.